

Rafael García Mahiques (dir.)

LOS TIPOS
ICONOGRÁFICOS
DE LA TRADICIÓN
CRISTIANA

5

Los Demonios I
El Diablo y la acción maléfica



© Rafael García Mahiques y Ediciones Encuentro, S.A., Madrid, 2019
Impresión y encuadernación: Cofás-Madrid
ISBN (vol. V): 978-84-1339-004-8
ISBN (obra completa): 978-84-9055-107-3
Depósito legal: M-32586-2019
Printed in Spain

La presente edición ha sido editada con el apoyo de la Fundación
«Las Edades del Hombre»

IMAGEN DE PORTADA:
Lucifer. Ilustración del
manuscrito *De Civitate Dei* de
san Agustín. París, Bibliothèque
Nationale de France, ms. fr. 28,
fol. 249v.

IMAGEN DE
CONTRAPORTADA:
Lucifer genio del Mal.
Guillaume Greefs, 1848. Lieja,
catedral de San Pablo, púlpito.

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:
Redacción de Ediciones Encuentro
Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid
Tél. 915322607
www.edicionesencuentro.com

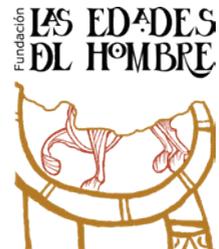
LOS TIPOS ICONOGRÁFICOS DE LA TRADICIÓN CRISTIANA

5

dirección, coordinación y edición
Rafael García Mahiques

Los Demonios I

El Diablo y la acción maléfica



Asesores científicos

SALVADOR ANDRÉS ORDAX: Universidad de Valladolid.
DANIEL BENITO GOERLICH: Universitat de València.
CRISTINA BORDAS IBÁÑEZ: Universidad Complutense
DANIELA CASTALDO: Università del Salento
XIMO COMPANY CLIMENT: Universitat de Lleida.
MARÍA CRUZ VILLALÓN: Universidad de Extremadura.
JAIME CUADRIELLO: Universidad Nacional Autónoma de México.
ORieta DURANDAL CABALLERO: Museo Universitario Colonial Charcas de Sucre.
JUAN FRANCISCO ESTEBAN LORENTE: Universidad de Zaragoza.
RICARDO FERNÁNDEZ GRACIA: Universidad de Navarra.
EDGAR GARCÍA VALENCIA: Universidad Veracruzana.
FELIPE GARÍN LLOMBART: Universidad Politécnica de Valencia.
JESÚS M^a GONZÁLEZ DE ZÁRATE GARCÍA: Universidad del País Vasco.
GONZALO JIMÉNEZ SÁNCHEZ: Fundación «Las Edades del Hombre».
HILAIRE KALENDORF: Texas A&M University.
JOSÉ M. LÓPEZ VÁZQUEZ: Universidad de Santiago de Compostela.
M^a DEL MAR LOZANO BARTOLOZZI: Universidad de Extremadura.
ENRIQUE MARTÍN LOZANO: Fundación «Las Edades del Hombre».
ISABEL MATEO GÓMEZ: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
VÍCTOR MÍNGUEZ CORNELLES: Universitat Jaume I.
JOSÉ MIGUEL MORALES FOLGUERA: Universidad de Málaga.
ALFREDO MORALES MARTÍNEZ: Universidad de Sevilla.
FERNANDO MORENO CUADRO: Universidad de Córdoba.
RAMÓN MUJICA PINILLA: Academia Nacional de Historia y Biblioteca Nacional del Perú.
JOSÉ RAMOS DOMINGO: Fundación «Las Edades del Hombre».
WÍFREDO RINCÓN GARCÍA: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
FERNANDO R. DE LA FLOR: Universidad de Salamanca.
CRISTINA SANTARELLI: Istituto per i Beni Musicali in Piemonte
AMADEO SERRA DESFILIS: Universitat de València.
SOLEDAD SILVA VERASTEGUI: Universidad del País Vasco.
JOAN SUREDA PONS: Universitat de Barcelona.

Autores

JOSÉ JULIO GARCÍA ARRANZ: Universidad de Extremadura. Capítulo: *La demonología cristiana*. Capítulo: *Lo demoníaco en la visualidad de Occidente*, en cada una de sus partes. Capítulo: *La actividad demoníaca*, en cada una de sus partes.

RAFAEL GARCÍA MAHÍQUES: Universitat de València. Capítulo: *La demonología cristiana*.

Introducción
La Demonología

La demonología cristiana

La aproximación a un tema tan extraordinariamente extenso, diversificado e impreciso en sus límites como es el de los tipos iconográficos del Diablo y los demonios en el arte cristiano requiere, como primer paso, de una panorámica amplia que sirva de marco de referencia para los análisis pormenorizados que se llevarán a cabo en los capítulos específicos. Es por ello que dedicaremos este apartado introductorio a una consideración general de la demonología cristiana.

El vocablo «diablo» —que hace referencia, de forma genérica, a un poder personal e invisible que dirige las fuerzas del Mal contra los designios de Dios y para el perjuicio universal de la humanidad— procede del griego y del latín *diabolos* (Vulgata), y se utiliza en la Biblia para traducir el *Sathán* hebreo; «diablo» es, por tanto, el término español empleado en el Nuevo Testamento como equivalente a «Satanás». En los textos antiguos siempre aparece en singular, pues ya entonces alude por antonomasia a «el enemigo» que lucha contra el bien, contra la vida misma, y es, por tanto, un ente individualizado que provoca la desunión, el odio y la envidia entre los hombres.

Por su parte, y frente a la personalización del término «diablo», «demonio» ha aludido en todo momento a un colectivo indefinido de entes inmateriales. Ya en la Antigüedad resultaba común la creencia en unos seres espirituales, buenos o malos, que habitaban el mundo independientemente de cualquier deidad, y que eran capaces de influir sobre la vida de los humanos. La palabra «demonio» (*daimon*) aludía, en la cultura griega clásica, al ánima que actúa como intermediaria entre los dioses y los hombres, y que, en

no pocas ocasiones, representaba el espíritu de un héroe muerto. En el *Fedón* (Pl. *Phd.* 108a y b) Platón recoge una tradición popular según la cual el *daimon* es un ente destinado a proteger al hombre durante su vida, y que, tras su muerte, arranca a éste su alma y la transporta al más allá¹; en *Cratylus* (Pl. *Cra.* 398a) el mismo autor califica a los *daimones* de seres «prudentes y sabios»; y, en su *Apología de Sócrates* (Pl. *Ap.* 38c y d), este último considera a los demonios como inspiradores de la voz de la conciencia moral. Sin embargo, en una consideración más próxima al pensamiento cristiano posterior, *daimon* y *daimonion* podían aludir a espíritus tutelares que determinan el destino de los individuos, precursores, por tanto, de los ángeles guardianes, o referirse de igual modo al espíritu perverso que llega a poseer al hombre, si bien tal acepción debió esperar al Nuevo Testamento² y a los primeros Padres de la Iglesia para desarrollarse con plenitud. También los griegos y romanos se representaron la intervención de un genio alado que truncaba la vida: Tánato³, posible precedente del demonio cristiano que vigila la agonía del pecador moribundo para arrebatarle su alma.

Sin embargo, no nos cabe duda de que las propiedades y cualidades atribuidas a los demonios cristianos constituyen una síntesis de aquéllas de que hicieron gala sus equivalentes en los viejos mitos orientales. En la cultura mesopotámica, por ejemplo, existía una enorme cantidad de demonios, seres etéreos, impuros y asexuados, capaces tanto de atentar contra la integridad y el orden del universo como de atacar a individuos en situaciones concretas, mostrando una clara tendencia a la destrucción de los vínculos familiares. Ya estos seres se encontraban íntimamente unidos al concepto de pecado: si una persona no cumple la ley sagrada, el espíritu o los espíritus protectores que han de velar por ella la abandonan, dejando así vía libre a la irrupción de los demonios. Puesto que resultaba de todo punto imposible eludir el pecado, no podía evitarse el ataque de los entes malignos y las desgracias que éstos

traían consigo⁴. Los antiguos egipcios insistieron en la existencia de pequeños dioses y espíritus benévolos, consagrados a la tarea de combatir a los demonios, en una trasposición a pequeña escala de la lucha titánica e incesante que libraban a nivel cósmico Ra y Apofis, el orden y el desorden⁵. Pero será en la cultura irania, en las numerosas referencias a los monstruos del caos y a los héroes humanos que lucharon contra ellos y los vencieron contenidas en el *Avesta*, donde encontremos claros precedentes del Apocalipsis bíblico. De este modo, para los seguidores de Zoroastro existía un auténtico ejército de demonios bajo las órdenes de Angra Mainyu —el espíritu del Mal— en sus esfuerzos por aniquilar el «buen» mundo creado por Ahura Mazda. Las *Gathas* narran que, al principio de los tiempos, los demonios optaron por aliarse con Angra Mainyu y, en consecuencia, «se precipitaron a la Furia con la que han atacado al mundo y a la humanidad». Del *Rig Veda* se desprende con claridad que los demonios fueron confinados por Indra en un abismo tenebroso en las profundidades de la Tierra, desde el que pueden visitar la superficie para hacer estragos a través de una puerta que conducía al mundo subterráneo, en cierto desfiladero de las montañas⁶.

Un paso definitivo en el despliegue de la concepción del demonio cristiano fue dado por los apologetas alejandrinos de los siglos II y III al interpretar a los demonios platónicos —que hasta entonces no se destacaban especialmente por su bondad o su maldad— como ángeles caídos malvados, y establecieron tal correspondencia mediante una nueva ecuación: dioses paganos = demonios maléficos = diablos. Tal equivalencia fue la que permitió a Pablo de Tarso (I Co 8,1ss) condenar la adoración de las divinidades de los gentiles, propiciando desde ese momento la sistemática destrucción de imágenes e ídolos paganos llevada a cabo por parte de las primeras comunidades cristianas⁷. Por la misma razón, Orígenes afirma en *Contra Celso* (VI,69): «(...) y el culto de los démones es culto de los falsos dioses, porque todos los dioses de las naciones

son démones»⁸, y Agustín de Hipona (*civ.* 2,24), considera que las divinidades paganas son demonios que pretenden ser honrados como dioses.

En el Antiguo Testamento se marcará con cierta claridad la distinción entre el Diablo y los demonios que le siguieron en su rebeldía mediante el empleo de los vocablos *diabolos* y *daimonion*⁹, si bien esta diferencia se diluye ocasionalmente en la tradición cristiana más temprana debido, probablemente, a la identificación del Diablo con uno más de los ángeles caídos. De este modo, los demonios, seres espirituales que han obtenido permiso del Señor para tentarnos o causarnos daño corporal en castigo por nuestros pecados según la literatura rabínica coetánea a los textos bíblicos, aparecen en los Génesis alineados de forma inequívoca bajo las órdenes de Satanás, sirviéndole de ayuda en su oposición al reino de Dios¹⁰.

Pero, al tiempo que se establece con nitidez el binomio Diablo-demonios, los textos del Nuevo Testamento intentarán, esta vez con relativo éxito, aglutinar bajo una sola entidad los nombres y propiedades de las diversas criaturas demoníacas individuales mencionadas en el Antiguo Testamento, heredadas de las tradiciones del Oriente Próximo y hebrea, bajo cuyo dominio puedan congregarse todas las huestes del Mal. De este modo Satanás —vocablo de origen arameo—, *Beelzebul* —divinidad cananea traducible como *Baal el príncipe*, tenida por el señor de los demonios— y *diabolus* no tardan en convertirse en términos intercambiables. Un ejemplo ilustrativo es el siguiente pasaje referido a uno de los exorcismos operados por Jesús de acuerdo con el relato evangélico:

«Entonces le fue presentado un endemoniado ciego y mudo. Y le curó, de suerte que el mudo hablaba y veía. Y toda la gente atónita decía ‘¿No será éste el Hijo de David?’ Mas los fariseos, al oírlo, dijeron ‘Éste no expulsa los demonios más que por Beelzebul, Príncipe de los demonios’. Él, conociendo sus pensamientos,

El Diablo y los demonios

Lo demoníaco en la visualidad de Occidente

Preámbulo

Para abordar el análisis de esta temática en la tradición visual de Occidente, debemos proceder en primer lugar, en el presente apartado introductorio, con la propuesta de una consideración global de los orígenes, la continuidad y las variaciones de la imagen de lo demoníaco en tan amplio marco cronológico y cultural.

De acuerdo con F. Vanderbroucke¹, los rasgos esenciales de la demonología cristiana se fijaron entre los siglos IV y VII. Sin embargo, toda la literatura patristica generada en torno a esta cuestión se mostró mucho más preocupada en clarificar cuestiones como la esencia del Diabolo que en concretar su aspecto visible, por lo que, como ya hemos señalado anteriormente, apenas se apuntan

o sugieren detalles que pudieran contribuir a la configuración icónica de los demonios en el arte cristiano. Es a partir del año 800, y hasta el siglo XI, cuando el interés exclusivamente teológico por el Maligno decae, dando paso a una nueva etapa en la que predomina una suerte de «demonología popular». De este modo, como señaló Jeffrey B. Russell², a la especulación puramente teórica se superponen las

FIG. 1. «ÁNGEL AZUL»
JUNTO A LOS MACHOS
CABRÍOS. PARÁBOLA DEL
JUICIO FINAL, CA. 520.
RÁVENA, SANT'APOLLINARE
NUOVO.





FIG. 2. CRISTO EXPULSA A LOS DEMONIOS DE UN POSESO. *EVANGELIO DE RABBULA*, MANUSCRITO, CA. 586. FLORENCIA, BIBLIOTECA MEDICEO LAURENCIANA, COD. PLUT. I, 56, F. 9V (DETALLE).

coloristas historias de las homilías y las vidas de santos, arraigadas en la vieja tradición monástica de los eremitas del desierto, que cobran una popularidad cada vez mayor. Este cambio de orientación, en opinión de Joaquín Yarza³, propició el desarrollo de un «pintoresquismo» demoníaco que, recuperando diversos elementos de antiguas tradiciones culturales, en algunos casos bastante alejadas de la ortodoxia cristiana, permitió la concreción progresiva para la imagen del Diablo de unos rasgos físicos, esenciales o accesorios, proceso que desembocó en sus primeras representaciones visuales en las artes figurativas europeas.

Las más tempranas imágenes cristianas del Diablo con que hasta el momento contamos pertenecen al siglo VI. Tal vez su primer retrato conocido sea el «ángel azul» que figura en un mosaico de San Apolinar Nuevo, en Rávena (ca. 520), formando parte de una composición presidida por un Cristo entronizado [fig. 1]. A su lado derecho se dispone un ángel rojo debajo del cual se reúnen corderos, y, a su izquierda, el mencionado ángel azul-violáceo situado encima de varios machos cabríos, ilustración de la parábola del Juicio final que nos ha transmitido el Evangelio de Mateo (Mt 25,31-46)⁴. También en un manuscrito del siglo VI, el *Evangelio de Rabbula* (Florencia, BLF, cod. Plut. I, 56, fol. 9v), se incluye una iluminación en la que Cristo expulsa a los demonios de un poseso [fig. 2], de modo que las primeras figuraciones inequívocas de estos entes se insertan en episodios de exorcismo⁵. Sin embargo,



FIG. 3. PAN (FAUNO).
MOSAICO, S. III. PAPHOS
(CHIPRE), VILLA ROMANA.

resultarán aún muy escasas y asistemáticas las representaciones visuales del Diablo o de sus secuaces fechadas entre el 500 y el 800.

Son varias las razones, posiblemente complementarias, que podrían explicar tan escasa presencia del Maligno en el arte de los primeros siglos cristianos. En primer lugar, la confusión conceptual y formal reinante en torno a la figura del Diablo a causa de la ausencia de descripciones detalladas en las fuentes escritas, a lo que se suma la no disponibilidad de modelos pictóricos durante el periodo en que se generaron las primeras imágenes del arte cristiano, etapa, al mismo tiempo, de progresivo distanciamiento respecto de los temas y la estética clásicos⁶. A esta falta de una tradición literaria y visual —en las catacumbas y los sarcófagos paleocristianos, por ejemplo, no encontramos representación alguna del Diablo—, debe unirse el hecho de que los textos bíblicos y patrísticos confundieran frecuentemente a entidades originariamente diferentes como el Diablo, Satanás, Lucifer o los demonios, lo que explica que nunca se llegasen a unificar la imagen y rasgos del Maligno y se propagase, en consecuencia, una tipología iconográfica tan errática sobre este personaje.

La carencia de precedentes en la tradición cristiana obligó a los artistas a recurrir a las fuentes grecolatinas antiguas, de donde se rescataron composiciones o motivos que pudieran resultar acordes con las descripciones de la literatura teológica, aunque los vínculos con los mitos de los gentiles no siempre estén claros⁷. De este modo, los demonios cristianos fueron, al menos en parte, personificaciones de algunos de los atributos o caracteres negativos previamente asociados a determinados dioses paganos o a ciertos monstruos del imaginario mitológico, rasgos que pasaron

a incorporarse a la visualidad y leyenda del propio Diablo. Es por ello que, en sus representaciones medievales, este personaje puede mostrar residuos de las alas en los pies o las piernas que identificaban a Hermes Psicopompo⁸, puede vincularse a las serpientes que ya estaban emparentadas con las Gorgonas, Tifón o la Hidra, o adoptar los rasgos cabrunos o simiescos que caracterizaban a Dionisos, Pan o los sátiros [fig. 3].

Joaquín Yarza ha insistido en la más que probable incidencia de la tradición icónica antigua a la hora de fijar uno de los primeros tipos iconográficos del demonio cristiano: un ángel cuya única nota diferencial respecto a los ángeles fieles a Dios es su color oscuro, reflejo de su rebeldía y posterior caída, dando lugar a ejemplos como el ya mencionado de Rávena. Significativo en este sentido es el testimonio de Evagrio el Pónico —activo en el último tercio del siglo IV—, quien, a pesar de insistir en la invisibilidad del Maligno, reconoce su posibilidad de manifestarse, ya sea como ángel, ya sea adquiriendo la fisiología bestial señalada en textos como la *Vida de Antonio*. San Efrén (s. IV) imagina a Lucifer como un príncipe, un arcángel caído convertido en una especie de divinidad que vuela en compañía de sus demonios disfrazados de ángeles de luz⁹.

Si bien esta primera imagen «ennoblecida» del demonio se mantiene durante algún tiempo en el ámbito bizantino, alcanzando incluso cierta preeminencia entre los siglos IX y XI¹⁰ —así lo demuestran las representaciones del código de *Sermones de san Gregorio Nacianceno* (ca. 880, París, BNF, Ms grec. 510)—, y cierta proyección en el ámbito carolingio —*Sacramentario de Drogo* (s. IX, París, BNF, Ms lat. 9428) [fig. 4]—, muy pronto empieza a proliferar una nueva variante icónica, también de temprano origen, que se generaliza en el Bizancio

FIG. 4. EXPULSIONES DE DEMONIOS Y DEMONIO ASOCIADO A UN ÍDOLO. SACRAMENTARIO DE DROGO, MANUSCRITO, CA. 845-855. PARÍS, BIBLIOTHÈQUE NATIONALE DE FRANCE, MS. LAT. 9428, F. 91R.

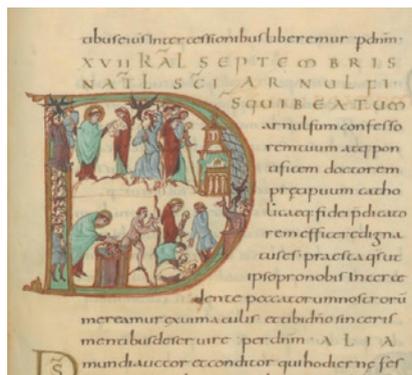


FIG. 5. DEMONIO EN LA TENTACIÓN DE CRISTO. *LIBRO DE KELLS*, MANUSCRITO, CA. 800. DUBLÍN, THE LIBRARY OF THE TRINITY COLLEGE, MS. 58, F. 202V (DETALLE).



posticonoclasta, aunque puede detectarse al mismo tiempo en el contexto irlando-nortumbro —así en diversas ilustraciones del *Libro de Kells* (ca. 800, Dublín, LTC, Ms 58) [fig. 5]—. Se trata de figuras de pequeños demonios negros, habitualmente desnudos y contrahechos, peludos y de larga cabellera encrespada, con alas de ave y siempre en actitudes dinámicas, que son denominados «diablillos» o «trasgos» por Jeffrey B. Russell¹¹. En la configuración de este tipo demoníaco han de tenerse especialmente presentes las visiones de la literatura monástica del desierto¹². Los ascetas se enfrentan en lucha casi permanente al demonio tentador y perturbador, que se presenta bajo apariencias engañosas muy diversas, desde figuras animales hasta seductoras formas femeninas o incluso angélicas, aunque una de sus encarnaciones más frecuentes es la de un niño o enano de piel negra, como comprobaremos a través de varios ejemplos en el apartado que dedicamos a «los demonios antropomorfos».

Pero estos diablillos oscuros, como indica Robert Muchembled¹³, carecen aún del poder y fuerza de convicción que se concederá más adelante a la encarnación del Maligno. Lo anormal y lo grotesco de su aspecto, y su permanente agitación, tan sólo sirven de contrapunto para remarcar la superioridad de la vida monástica, basada en el ideal de serenidad. Algunos rasgos de estos seres sugieren ya animalidad, pero de modo puramente metafórico, y todavía carecen de capacidades sobrenaturales: son más un reflejo desviado y negativo de los monjes y santos de la época que un príncipe terrible que reina sobre los infiernos. Ilustrativa de esta concepción es la pintoresca descripción que hace Raoul Glaber, monje y cronista del siglo XI, que sufrió personalmente varias apariciones demoníacas:

«Era, según pude juzgar, de baja estatura, con un cuello menudo, un rostro demacrado, ojos muy negros, la frente rugosa y crispada, las ventanas de la nariz dilatadas, la boca prominente, los

Índice

Introducción. La Demonología.....	7
La demonología cristiana.....	8
El Diablo y los demonios	23
Lo demoníaco en la visualidad de Occidente	24
Preámbulo	24
La Caída de los ángeles rebeldes.....	66
El tipo general de la Caída.....	77
La Caída presidida por Dios en su Gloria.....	92
La Caída en presencia de la Virgen María triunfante .	119
Los ángeles caídos	120
Ángeles rebeldes conducidos a su expulsión	122
Ángeles caídos en torno a san Miguel.....	123
Caída de Lucifer al abismo entre los arcángeles.....	125
Satanás se alza orgulloso después de su Caída.....	126
Tipos del Diablo.....	142
Lucifer.....	145
Satanás	189
Behemot	214
Leviatán	217
Belcebú	264
Belial o Beliar.....	268
Abaddón	271
La humanización de los demonios	296
Antropomorfismo demoníaco	297
Los demonios femeninos	322

Los demonios humanoides monstruosos	354
El Diablo híbrido humano-animal	355
El Diablo entre los seres humanos	385
La actividad demoníaca	386
Preámbulo	386
La tentación diabólica.....	387
Actividad de íncubos y súcubos	391
El pacto con el Diablo	407
La misa negra.....	420
Tentación a los mortales	438
Tentación a los santos	443
Tentación a los santos por demonios femeninos.....	446
Tentación en el lecho de muerte.....	467
Relaciones entre humanos y demonios	476
Íncubos y súcubos.....	477
El pacto con el Diablo	489
La misa negra.....	495
Abreviaturas	502
Bibliografía	510

El presente estudio se inscribe dentro de los resultados del proyecto de investigación: «Los tipos iconográficos: descripción diacrónica», financiado por el Gobierno de España (HAR2008-04437/ARTE).



Fundación
LAS EDADES
DEL HOMBRE



ISBN: 978-84-1339-004-8

